

LIBROS

46

LETRAS LIBRES
FEBRERO 2019

Inmaculada de la Fuente

• EL EXILIO INTERIOR.
LA VIDA DE MARÍA MOLINER

María Gainza

• LA LUZ NEGRA

Isaac Rosa

• FELIZ FINAL

Sergio González Ausina

• ÚLTIMA CARTA.
UN SUICIDIO EN MI FAMILIA

Tom Wolfé

• EL REINO DEL LENGUAJE



BIOGRAFÍA

Historia de una vida ordenada



Inmaculada de la Fuente
EL EXILIO INTERIOR.
LA VIDA DE MARÍA MOLINER
Madrid, Editorial Turner
Noema, 2018, 368 pp.

MERCEDES CEBRIÁN

De la necesidad de rescatar a las mujeres cuyos aportes a la ciencia y las artes fueron esenciales pero poco reconocidos en su momento ya se ha hecho eco la industria editorial. Un ejemplo pertinente es esta biografía de María Moliner, a cargo de la periodista y escritora Inmaculada de la Fuente. *El exilio interior* apareció en 2011 pero se reeditó recientemente, tras cumplirse los cincuenta años de la publicación de la obra que ocupó gran parte de la vida de la bibliotecaria y lexicógrafa aragonesa: su *Diccionario de uso del español* (DUE), elogiado con entusiasmo por García Márquez.

A María Moliner se le han rendido varios homenajes artísticos: el del dramaturgo Manuel Calzada Pérez en su obra teatral *El diccionario*, dirigida por José Carlos Plaza y estrenada en el Teatro de la Abadía de Madrid en 2012, o el de la cineasta Victoria Calavia en su premiado documental *María Moliner: tendiendo palabras*; pero faltaba una biografía de la filóloga aragonesa, y para colmar esa laguna, aquí tenemos esta obra, a medio camino entre la historia y la novela, como es propio de este género.

Es oportuno recordar que las biografías no hablan únicamente de la persona cuya vida relatan, sino también de la sociedad en la que vivió su protagonista. En el caso que nos ocupa, tener esto presente durante la lectura de *El exilio interior* resulta particularmente fructífero para comprender en profundidad los aspectos socioculturales de la España de las décadas anteriores a la democracia. No hay que enganarse: la vida de María Moliner fue dura, sacrificada y carente de *glamour*. Nada de viajes al extranjero ni tórridas aventuras amorosas, pues se casó en 1925 con Fernando Ramón y Ferrando y permaneció junto a él hasta el fallecimiento de este último en 1974. María Moliner fue una mujer de perfil bajo en una realidad en la que lo normal —y exigible— era que las mujeres se limitaran a ser amas de casa, madres y, si acaso, que desarrollasen una profesión que no las distrajesen demasiado de estos otros deberes. De ahí que el académico de la RAE Alonso Zamora Vicente, si bien no apoyó la candidatura de María Moliner para ingresar en la Academia, elogiase después su “modestia y recato ejemplares”.

Moliner vivió su juventud durante la República y a los 36

años fue testigo, desde el balcón de su casa de Valencia, del fin de la Guerra Civil; es decir, de la entrada de las tropas franquistas en la ciudad, cuando ya era madre de sus cuatro hijos. A partir de ahí, según narra De la Fuente, comenzó su exilio interior: fruto de la depuración franquista descendió varios puestos en su escalafón profesional y tuvo que dejar su puesto en la biblioteca de la Universidad de Valencia para volver a su tedioso trabajo en el Archivo de Hacienda. En 1946, ya en Madrid e instalada en su nuevo puesto como directora de la biblioteca de la Escuela de Ingenieros Industriales, comenzó su meticulosa labor de redacción del DUE.

Solamente en el último tercio de esta biografía el relato de Inmaculada de la Fuente se centra en las vicisitudes de elaboración de la obra por la que María Moliner ha pasado a la historia de la cultura. Previamente asistimos a su recorrido intelectual y profesional, y para crear interés sobre la trayectoria vital de la autora del DUE, Inmaculada de la Fuente se ha documentado acudiendo a todas las fuentes posibles: declaraciones de la propia Moliner, de sus familiares y amigos, así como cartas y material burocrático de archivo que nos informan de sus traslados, pérdidas de puestos en el escalafón de funcionarios y reincorporaciones laborales. Impacta particularmente el pliego de cargos contra ella que se reproduce en el libro y que sirve como inicio para la segunda de las dos partes de la biografía, centrada en la vida de Moliner a partir del fin de la Guerra Civil. Indirectamente, el texto rinde también homenaje a todas esas

figuras de la resistencia intelectual que no tuvieron la oportunidad de exiliarse y que, durante el franquismo, trataron de contribuir a la educación y cultura españolas en la sombra. Algunos nombres que desfilan por el texto son los de Teresa Andrés, Tomás Navarro Tomás o María Sánchez Arbós, vinculada a la Institución Libre de Enseñanza y encarcelada durante la dictadura.

La parte final, centrada en la elaboración y publicación del DUE, nos presenta a una María Moliner sin habitación propia en la que trabajar con sus fichas, aunque resignada a dicha situación. También nos muestra la difícil situación de las mujeres intelectuales de la época, como denunció Josefina Carabias en su columna del diario *Ya* al anunciarse que Moliner era una de las candidatas para ingresar en la RAE en 1972.

Son particularmente expresivos los informes de María Moliner a sus superiores cuando en 1935 se encargó de visitar las bibliotecas de las escuelas de toda la provincia de Valencia. Así describe la biblioteca de la escuela de la localidad de Albal y su ambiente: “Director, viejo; maestro encargado de la biblioteca, viejo. Todo en la escuela huele a ranciedad. Cobran diez céntimos por cada libro que prestan. Dicen que si no lo hicieran mucha gente pediría por pedir, y eso da mucho trabajo... Para trabajo el que cuesta convencerles de que no deben hacerlo.”

Si bien Moliner era consciente de su perfil bajo, y así lo deja caer ella misma en la carta a su hijo Fernando el 20 de noviembre de 1972, donde le cuenta el alivio que siente al no haber sido elegida académica y le hace ver por qué ha estado tan mediáticamente expuesta durante el proceso de selección

(“Naturalmente, la explicación está en que en el aburrimiento general de la gente de pluma en esta nuestra bendita España, se agarraban como un clavo ardiendo al bonito tema de la señora recoleta que había hecho un diccionario que es el que usan los académicos”), a lo largo de esta biografía nos queda también claro que la “señora recoleta” mostraba su desparpajo y agudeza siempre que la sociedad de su tiempo se lo permitía. —

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. En 2017 reeditó su libro *Mercado común* (La Bella Varsovia).



NOVELA

Más verdadero que lo auténtico



María Gainza
LA LUZ NEGRA
Barcelona, Anagrama,
2018, 144 pp.

PATRICIO PRON

A William Hogarth (es decir, a Moses Mendelssohn) le debemos la idea de que todo lo que había de shakesperiano en el mundo ya fue hecho por William Shakespeare. ¿Qué sucede, sin embargo, con el deseo de “continuar leyendo” a El Bardo? ¿Y con los que aspiran a escribir tragedias que desmientan la afirmación del pintor inglés (es decir, del coautor de “El Papa, un metafísico”)? A menudo considerada una actividad espuria y perseguida judicialmente, pero promovida (o al menos tolerada) por el negocio del arte, la falsificación puede ser vista también como una manera de perpetuar y ampliar la obra de ciertos artistas; la demostración de

que (digámoslo así) no todo lo shakesperiano fue escrito por William Shakespeare, como parecen haber creído William Henry Ireland, Samuel Rowley y Robert Greene, entre otros.

Una parte considerable de los problemas que afectan a la valoración de la obra de arte confluyen en la falsificación: el de qué es un autor, el de a quién le “pertenece” esa obra, el de qué es la “originalidad” y cómo puede ser evaluada si no es en relación con otros elementos (que ponen su pretensión de exclusividad en entredicho), el de cómo se cierra una obra artística y quién lo determina; por último, el de los vínculos siempre problemáticos entre arte y verdad, entre arte y moral dominante, entre arte y dinero.

La nueva novela de María Gainza aborda todas estas cuestiones a través del relato de una narradora que se instala en un hotel parisino para escribir acerca de su “crimen” o (más bien) “crímenes”: contribuir a hacer pasar por auténticas obras falsas cuando trabajaba en la oficina de tasación de un banco, producir un catálogo espurio para una subasta, reseñar exhibiciones para otro crítico, convertir el intento de biografía de una artista marginal y sin obra en algo mucho más importante y personal pero inacabado; negarse, por último, a creer en exceso en una inmanencia del arte cuya estela se disipa en cuanto se la observa detenidamente. Gainza tiene un estilo aparentemente ligero que sirve bien a la historia que desea contar y un especial talento para escoger aquellos detalles que mejor caracterizan una situación y a un personaje. (Como esa “bañadera de mármol italiano”, “el escritorio Louis XVI [y] una cama ancha como una balsa y bombones envueltos en papel dorado incrustados sobre las

almohadas como diamantes falsos en la nieve” que la narradora enumera para describir su habitación de hotel pero también para fundar una mirada sensible y no ajena a las inflexiones de clase, al comienzo de la novela.) Pero la ligereza del relato es solo aparente (de hecho, es una falsificación más de las que se presentan bajo *La luz negra*) y aquí y allá el relato permite atisbar la presencia de una carga mayor, expresada en epigramas que invitan a la práctica del *commonplace book*: “Rara vez un hombre le propone algo a una mujer sin que ella, minutos antes, no lo haya intuido”, “Tal vez la realidad sea siempre demasiado ruin para que quede constancia de ella”, “¿No son nuestras debilidades más hermosas que nuestras fortalezas?”.

Algo en *La luz negra* evoca la felicidad y la melancolía de las “novelitas” de Adolfo Bioy Casares, pero su interés por la falsificación y el registro documental de un juicio por estafa (en el capítulo “Un tal señor Ramos”) remiten a la obra de ficción de Ricardo Piglia, y personajes como la pintora Mariette Lydis, Enriqueta Macedo (“la recta e inabordable Enriqueta Macedo” que durante cuarenta años hace pasar por auténticas obras de arte falsas si son buenas, y por una comisión), el impenetrable pero fiel Lozinski (que nunca se desprende de su uniforme militar) y muchos de los que la narradora entrevista para reconstruir la vida de La Negra (y con ella, cierta escena artística porteña de la segunda mitad de la década de 1960) vinculan a su autora con las máquinas célibes que retrató Juan Rodolfo Wilcock. “¿Una buena falsificación no puede dar tanto placer como un original? ¿En un punto no es lo falso más verdadero que lo auténtico? ¿Y en el fondo no es el mercado el verdadero escándalo?” Las

preguntas hechas en este libro son (en un punto) muy simples de responder; por otra parte, hacerlo es complicadísimo. Gainza lo consigue en esta muy buena novela, que ratifica las numerosas insinuaciones de *El nervio óptico* (la obra anterior de su autora) y es uno de los libros más disfrutables del año pasado. —

PATRICIO PRON (Rosario, 1975) es escritor. En 2018 publicó el libro de relatos *Lo que está y no se usa nos fulminará* (Literatura Random House).



NOVELA

El desamor en tiempos del desamor



Isaac Rosa
FELIZ FINAL
Barcelona, Seix Barral,
2018, 340 pp.

DAVID JIMÉNEZ TORRES

Ángela y Antonio acaban de romper tras trece años juntos. Ahora echan la vista atrás, intentando explicar por qué se ha desvanecido el amor que en su día pareció indestructible. Esta es la premisa de *Feliz final*, novela en la que los protagonistas se turnan para relatar una historia compartida, aunque nunca plenamente integrada. La obra explicita así una de sus ambiciones: trasladar al plano narrativo la fenomenología de las relaciones amorosas. Como explica uno de los protagonistas, “una separación es también, es sobre todo, la pérdida de un relato común, y en el momento de la ruptura aprieta la necesidad de contar, recontar por última vez”.

En sus dos últimas novelas (*La mano invisible*, de 2011, y *La habitación*

oscura, de 2013), Isaac Rosa demostró ser uno de los escasos novelistas de éxito actuales que tienen el don de la facilidad sin la tara de la auto-complacencia. En términos estilísticos, y debido a su interés por captar el impulso obsesivo y logorreico de la zozobra amorosa, *Feliz final* es más prolija que aquellas obras. Lo que se gana en capacidad de testimonio y en algunos pasajes realmente conmovedores se pierde en la dilución de una de las principales fortalezas de su autor. A cambio, el gran acierto del libro es otro elemento que Rosa maneja con maestría: la estructura. Como anuncia el título con su inversión del conocido sintagma, la novela está narrada desde el final de la relación hasta su inicio. En medio, el nacimiento de las hijas, las infidelidades, las mudanzas y todo un mar de pequeñas domésticas. La novela vuelve con frecuencia sobre la metáfora de una excavación arqueológica: cada capítulo va descubriendo un nuevo estrato subterráneo y, en él, nuevas pistas para entender lo que ha pasado. El propio lector se convierte en partícipe del proceso al ir descubriendo anuncios de lo que terminó sucediendo, inquietantes paralelismos entre el pasado y el presente.

De esta forma, la novela propone una mezcla de linealidad y circularidad que se ajusta bien a su temática. Por un lado, refleja la experiencia de cada relación como algo radicalmente único: nunca dejarán los protagonistas de haber vivido los trece años que pasaron juntos, ni de haber cometido cada error y cada acierto en el momento preciso y por las razones exactas por las que lo hicieron. Por otro lado, refleja la conciencia de que cada relación sigue unos patrones que compartimos con otros e, incluso, con anteriores versiones de

nosotros mismos. Uno de los aciertos de *Feliz final* es instalarse plenamente en esa tensión sin tratar de resolverla.

La novela también tiene una importante ambición costumbrista. A través de los cálculos que hacen Ángela y Antonio para comprar la casa del pueblo o para rehacer su economía familiar tras el estallido de la crisis, *Feliz final* recoge numerosos avatares de las relaciones amorosas en España durante los últimos quince años. Además, el protagonista masculino muestra la experiencia tanto de los padres divorciados como del gremio periodístico: con él asistimos a la creación de nuevas cabeceras durante los años del *boom*, al desmantelamiento de las redacciones en los de la crisis y a la consolidación del pavoroso modelo de los colaboradores *freelance*. Curiosamente, sabemos mucho menos de la vida laboral de la protagonista femenina, que se nos consigna casi enteramente a través de dos palabras: tesis y oposiciones. Nunca deja de sorprender, en este sentido, la frecuencia con que en las obras literarias aparecen maestros que nunca preparan clases, ni corrigen exámenes, ni se ven afectados por el tiovivo emocional diario que es dar clase. Los aportes costumbristas de Ángela van por otros derroteros: exponer argumentos acerca de la crianza natural y hacernos partícipes de un proyecto para recopilar testimonios de víctimas del franquismo.

En cualquier caso, la amplitud de experiencias que se recogen en *Feliz final* garantiza que prácticamente cualquier lector podrá reconocerse en alguna de las situaciones que afrontan los personajes. En un momento de la novela se señala que “faltan ficciones que nos cuenten

cómo nos amamos los vulgares, los que no tenemos ni un amor perfecto y mítico, ni un amor imposible y trágico”. Otro de los aciertos de esta obra es ubicarse en ese espacio donde, al final, nos encontramos casi todos. Más endeble resulta la pretensión de una *reductio ad capitalismus* que asoma en varios pasajes de la novela: la idea de que el desgaste que sufren Antonio y Ángela es un síntoma de un proceso más amplio, en el cual los valores y las estructuras del neoliberalismo estarían corroyendo el amor, en una nueva variante de la “corrosión del carácter” postulada por Richard Sennett (autor citado en la sección de agradecimientos). Buscábamos el amor libre y nos encontramos con el amor liberalizado, lamenta Ángela al comienzo de la novela. Si bien es de agradecer el habitual interés de Rosa por que sus novelas animen a la reflexión, la tesis es difícil de sostener en varios planos, incluyendo el de la historia literaria. Si la sociedad tardocapitalista que refleja *Feliz final* es una en la que las personas *se quieren mal*, hay que preguntarse si las que produjeron *La Celestina*, *La fierecilla domada*, *La Regenta*, *Madame Bovary* o *Lolita* eran sociedades en las que los amantes *se querían bien*. Por fortuna, la propia *Feliz final* se resiste a verse reducida a esta tesis, pues imprime un aire de inevitabilidad a la gota malaya de rencor y hastío que termina separando a los protagonistas. Parafraseando un pasaje de la novela, al final parece que Ángela y Antonio se han desamado como se desaman todos los enamorados desde siempre. —

DAVID JIMÉNEZ TORRES es profesor, columnista y escritor. En 2018 publicó la novela *Cambridge en mitad de la noche* (Entre Ambos) y el ensayo *El país de la niebla* (Ipsa).

PERIODISMO

Un amargo tributo



Sergio González Ausina
ÚLTIMA CARTA.
UN SUICIDIO EN MI FAMILIA
Prólogo de Arcadi Espada
Madrid, Deliberar, 2018, 304 pp.

RICARDO DUDDA

Hay un tipo de autoficción, o narrativa de no ficción, que parece periodismo perezoso. El autor parte de una historia real y se cansa rápidamente de ella. En cuanto se topa con un obstáculo, o cuando la historia empieza a exigir una mayor investigación, comienza a fabular, inventa, o simplemente transforma la obra en una especie de autobiografía vanidosa, llena de reflexiones sobre la escritura y una épica del fracaso (hay excepciones, claro: Geoff Dyer, Emmanuel Carrère o Javier Cercas saben combinar historias apasionantes con una narración interesante del proceso creativo).

En *Última carta. Un suicidio en mi familia*, Sergio González Ausina no se cansa de su historia; al contrario, se obsesiona con ella. El proceso de investigación periodística está muy presente, y Ausina narra con humildad y sinceridad sus dudas y los problemas de romper un tabú familiar. Pero no se despista de su objetivo: conocer todo lo posible la vida de su tío Vicente, que padecía de esquizofrenia y se suicidó tirándose de un tren en 1977. Quiere saber de su infancia, de su entorno, su contexto, quiénes eran sus amigos (reproduce decenas de cartas y postales, todas en cierto modo anodinas y a la vez entrañables), dónde se alojó la noche antes de su muerte. Su obsesión investigativa

le permite crear un relato psicológico profundo y respetuoso de su tío. Pero también amplía el foco y construye, a partir de sus silencios y omisiones, la historia de su familia y la vida en un tardofranquismo siniestro (el libro termina combinando la historia de Vicente con la de Felisa, que tuvo un hijo con Vicente y que asegura que se lo robaron unas monjas).

“Nacido en Alcazarquivir, en el protectorado de Marruecos”, escribe Ausina, “mi tío Vicente González Luelmo había sido un joven atlético, estudiante de filosofía y letras, sociable y juerguista, al que la muerte prematura de sus padres, unida al cambio de residencia de sus hermanos, había dejado solo en León y con un diagnóstico de esquizofrenia. Una circunstancia, la de estar enfermo, a la que sus hermanos no daban demasiado crédito, creyendo que se le pasaría. A los venticuatro años se había suicidado en un tren”.

Uno de los principales obstáculos no es el tiempo o la falta de memoria, sino el tabú. Ausina interroga a menudo a su padre, que ocultó la historia. Como la mayoría de entrevistados, es tozudo y no entiende de qué sirve rescatar la tragedia: solo trae dolor o vergüenza para la familia. “Para mi padre”, escribe, “un hombre temeroso, áspero y sombrío, aunque con destellos de un humor trasnochado, la historia de su familia se había convertido en lo que no podía volver a suceder”. Esto le convirtió en alguien sobreprotector, supersticioso y paranoico. Pero Ausina no se dedica a psicoanalizar a su familia, ni a interpretar lo que investiga, sino que quiere unir piezas, reconstruir una vida que desapareció. Considera que, antes de pasar

página, como quiere hacer su familia, primero hay que leerla.

Quizá uno de los mayores aciertos del libro está en su tratamiento del suicidio. El autor ha dedicado buena parte de su carrera periodística a escribir sobre este tipo de muerte, de manera rigurosa y sin sensacionalismos. “Se muere de suicidio como de cualquier otra causa”, dice la madre de un suicida en un reportaje de *Informe Semanal*, citada en el libro. Ausina no establece causalidades fáciles ni mitifica el suicidio. Desde hace años escribe un blog sobre el tema, tanto desde la psicología y la biología como desde la sociología o el periodismo, y ha asesorado a instituciones públicas.

Sin embargo, hay algo en este tipo de muerte que sigue resultando inexplicable. Como ha escrito el psicólogo Andrew Solomon, “el suicidio no es la culminación de una vida difícil; emerge de algún lugar que está más allá de la mente y de la conciencia”. En *The savage god. The study of suicide*, Al Álvarez coincide: “Los verdaderos motivos que impulsan a un hombre a quitarse la vida [...] pertenecen al mundo interno, que es sinuoso, contradictorio, laberíntico y en general inaccesible.” La manera que tiene



Ausina de resolver la parte inexplicable del suicidio de su tío está en contar su vida hasta el final, de manera casi notarial: “o escribir esta historia hasta el fondo o callarme para siempre. No debía haber nada en medio”. Tiene una curiosidad innata, un olfato periodístico, pero también hay un deseo de reparación. En cierto modo quiere dar una sepultura simbólica adecuada a su tío. Con este fascinante y obsesivo libro, que a ratos parece un libro de notas o un *work in progress* y en otras ocasiones una novela policíaca, consigue rendirle un bonito y, a la vez, amargo tributo. —

RICARDO DUDDA (Madrid, 1992) es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



ENSAYO

Tom Wolfe y el darwinismo



Tom Wolfe
EL REINO DEL LENGUAJE
Traducción de Benito Gómez Ibáñez
Barcelona, Anagrama, 2018, 176 pp.

JUAN MALPARTIDA

He esperado unos meses para comentar este libro de Tom Wolfe sobre la naturaleza del lenguaje, lo que me ha permitido observar algunas reacciones en prensa (pocas: se trata de un tema importante pero que interesa a pocos) y algunas otras de lectores amigos, todos ellos a favor de la tesis de Wolfe, que consiste en oponerse a la célebre de Chomsky y otros que sostienen que hay una transmisión genética en la base gramatical del lenguaje común a todas las lenguas. Eso explicaría

por un lado que fueran comprensibles entre sí, a pesar de su variedad y, en ocasiones, falta de contacto, y, por otro, que cualquier persona pueda aprenderlas en la más temprana infancia.

El tono del libro es muy propio del autor, que se despidió de este inconcebible universo con esta obra atrevida, pugnante y algo tramposa. Es un libro muy esquinado contra Charles Darwin, por razones que trataré de desbrozar enseñada y que se sintetizan en qué es lo que nos hace humanos en relación al mundo animal. En la filosofía medieval, y hasta la Reforma, la diatriba sobre el libre albedrío fue tan rica como encarnizada. Esa fue la polémica entre Erasmo y Lutero. La libertad es un tema complejo, y en nuestro tiempo, en relación a las investigaciones neurocognitivas, se han propiciado nuevas facetas y reacciones diversas.

Tom Wolfe inicia su libro con el viejo asunto del codescubrimiento de la evolución por Alfred Wallace y Charles Darwin. Wolfe los sitúa socialmente: el primero, hijo de un abogado arruinado, se ganaba la vida con sus exploraciones, en las que acumulaba cantidades de animales que luego vendía; Darwin era un caballero británico que no tuvo que trabajar nunca. Desde su viaje en el *Beagle*, este trabajaba incansablemente en una investigación tan amplia como minuciosa para demostrar lo que ya pensaba por entonces: las especies no son entidades fijas desde su inicio, y toda vida está sujeta a una evolución cuyo mecanismo es la selección natural, que privilegia al más apto (mejor adaptado al medio). Bien, el papamoscas Wallace envió en junio de 1858 una carta con un pequeño manuscrito a Darwin, quien tras leerlo quedó pasmado:

ahí afirmaba lo mismo que él, pero en veinte páginas. Era, afirmó, como si hubiera estado leyendo su mente. Darwin lo consultó con su amigo el gran geólogo Lyell y escribió un texto para publicarlo junto con el de Wallace —sin preguntárselo— en la Linnean Society. Como todo el mundo sabe, hoy día se atribuye a ambos el descubrimiento, aunque Wallace luego tuviera otras opiniones y ocupaciones intelectuales, y una producción mínima. Es indudable que su obra nunca tuvo la complejidad y profundidad de la de Darwin, como él mismo reconocía desde el principio.

No vale la pena defender a Darwin de las ironías de Wolfe. Creo que son insostenibles, salvo para pavonearse un poco con observaciones tan fáciles como inanes. Pero, y aquí viene el asunto, Wallace afirmó que la capacidad abstracta del ser humano y sus derivados (“concepciones ideales de espacio y tiempo, de eternidad y finitud”) no tenía que ver con la selección natural, que, según nos aclara el viejo dandi, solo “podía hacer que la especie se adaptara lo suficiente para sobrevivir, físicamente, en la lucha por la vida”. En cuanto al lenguaje, llevó a Wallace a perder un poco la cabeza con el espiritismo, y a Darwin a pensar que tenía que tener alguna analogía animal, y sospechó que tenía su origen en el canto de los pájaros, además de que la protolengua persiste en los sonidos que hacen las madres (también los padres) a sus bebés. No tienen sentido ni vocabulario, pero denotan afectos y por lo tanto ciertos significados. Muchos se vieron ensalzados en la polémica sobre el origen de las lenguas, y sobre una lengua común. Darwin seguía sosteniendo, aunque no tuviera pruebas, que todo ese mundo elevado del

hombre tenía un apoyo evolutivo. Wolfe añade noticias que en buena parte toma de su colaboradora en este libro, Christina Verigan, e interpreta a su manera. Se ve que aunque es un hombre inteligente muchas le son nuevas y no son lecturas lentas y de primera mano, porque dice cosas como que el descubrimiento relativo a la herencia que realizó Mendel fue una mala noticia para la teoría de la evolución... Sabido es que tan importante hallazgo no tuvo publicidad hasta 1900, y que Darwin no supo de tales pruebas (aunque había recibido una copia del artículo, que se encontró en sus archivos sin leer), pero sin duda se habría alegrado al ver *confirmadas* sus ideas. Wolfe afirma, para espanto de verdaderos científicos naturalistas conocedores de la obra de Darwin, que “en comparación con la teoría genética, la Teoría de la Evolución no parecía ciencia sino una serie de desordenadas conjeturas, pastosa y aguada con goteras por todas partes”.

Y llegamos a Chomsky y su gramática generativa, que reformuló en varias ocasiones desde 1967. El famoso lingüista llamó a nuestra natural capacidad para aprender una lengua Dispositivo de Adquisición del Lenguaje (LAD). Para decirlo con otras palabras y centrarlo en la preocupación del libro de Wolfe: hay una disposición hereditaria que no sería cultural sino genética, aunque sin la cultura no se daría. Sus ideas tuvieron tanto adeptos como detractores (Pinker en los dos lados, a quien, por cierto, cita de pasada, como si eso fuera posible hablando de este tema, lo cual demuestra que solo se acercó con prejuicios al tema), y más tarde Chomsky elaboró una nueva idea que tenía la misma intención: lo universal en toda lengua, y que debe tener un origen genético, es la

“recursividad”, consistente en poner un pensamiento, una frase, dentro de otra, en una serie que puede ser interminable.

Aquí aparecen el lingüista y antropólogo Daniel L. Everett y su investigación sobre una pequeña tribu de la cuenca amazónica de Brasil, los pirahã, cuya lengua tiene el mismo nombre. Es la obra central que motiva el libro de Wolfe. En breve: Everett demuestra que la lengua pirahã carece de recursividad. Nada más terminar el libro de Wolfe leí el de Everett, *No duermas, hay serpientes. Vida y lenguaje en la Amazonía*. Lo que nos dice Wolfe es que es la cultura distintiva de los pirahã “la que estructura la lengua, no el ‘órgano del lenguaje’ ni la ‘gramática universal’”.

No entraré en el fanatismo inicial de este metodista que llegó a esta tribu para predicar la Biblia, y que llevó a su mujer y sus dos hijos pequeños consigo a un lugar totalmente aislado a convivir durante años con cazadores-recolectores sin ninguna noción numérica, salvo “poco y mucho”, y con una concepción del tiempo sin pasado ni futuro. Además, desconocían la música y la danza. Como Castaneda con los indios yaquis, Everett fue conquistado por la *otra cultura* y se hizo ateo. Vayamos al lenguaje. Everett publicó, una vez aprendida la lengua, un artículo en *The New Yorker* donde contaba cómo era la lengua pirahã y, para enfurecimiento de Chomsky, que no poseía recursividad, luego era una excepción que demostraba falaz su célebre teoría.

Wolfe denuncia las maniobras de Chomsky para neutralizar a Everett, y ahí aparecen las malas artes que algunos científicos y padres de teorías usan a veces para seguir siendo padres. Así que Wolfe se da la enhorabuena y afirma que con eso

se demostraba que el lenguaje no tiene nada que ver con la evolución, y que es un artefacto. Naturalmente, Everett tuvo defensores, y el antropólogo evolutivo Michael Tomasello salió a la palestra para afirmar “que la gramática universal, fruto de la evolución biológica con contenido lingüístico es un mito”. A estas alturas del libro, Wolfe ya está exaltado, y afirma con un tono algo gritón que “el habla es un producto humano [lo que es cierto]. Es un artefacto, y justifica la supremacía del hombre sobre los demás animales de un modo que la Evolución nunca podrá explicar por sí sola”. La supremacía... ahí está la cuestión y la falta de finura intelectual de un hombre inteligente y culto, quién lo duda. Pero no basta. ¿Por qué Tomasello? Este antropólogo es autor de *Los orígenes culturales de la cognición humana*, una obra valiosa y controvertida. Que hay una gran diferencia entre la capacidad cognitiva de un delfín o un chimpancé y un ser humano es algo que no duda nadie, y el problema viene cuando tratamos de describir las diferencias y valorarlas. Wolfe cita a numerosos psicolingüistas, pero lo que él quiere es darse la razón y por eso afirma, con Everett, que el lenguaje como artefacto humano es “exactamente igual que una bombilla o un Buick”. En su orgullo antropocéntrico, en su repulsa a que el lenguaje pueda tener algo que ver con la evolución, alcanza momentos algo groseros intelectualmente, algo que su admirado Tomasello no se permitiría. Oigámoslo: “El hombre, el hombre sin ayuda alguna, había creado el lenguaje.” Esta es una frase que expresa una confesión y al tiempo un fracaso intelectual enorme.

No se trata de afirmar que la mayoría piense que la capacidad humana para el lenguaje sea

genética ni que el lenguaje evolucionó como resultado de la selección natural, algo que Chomsky y Jay Gould niegan, sino que es muy posible que, como afirman entre otros Pinker y Blom, haya compatibilidad entre la evolución darwiniana y la gramática universal de Chomsky. Por otro lado, no solo hay áreas que han sido seleccionadas (de Broca y Wernicke), sino que muchas zonas cerebrales, como las estructuras subcorticales, están implicadas en la sintaxis, el léxico, la gestualidad, etc. El gen FOXP2 vinculado al habla existe también en otros animales, como pájaros y ratones, y se remonta a unos cuatrocientos mil años. Son pocos los científicos que niegan que el lenguaje y los genes estén relacionados, pero hay escasas pruebas de que el lenguaje esté codificado genéticamente, y son muchos los que piensan, como nos cuenta Christine Kenneally en su magnífico libro *La primera*

palabra, que “la capacidad humana del lenguaje es un sistema adaptativo emergente creado por un mecanismo cognitivo básico, en vez de por un módulo lingüístico producido genéticamente”. Así pues, que la recursividad verbal (la mental parece universal) no forme parte de la totalidad de los idiomas conocidos no significa que el lenguaje no sea en parte innato, de ahí que los niños nazcan, en cualquier lugar del mundo, con capacidad para aprender la lengua de sus padres, a veces antes casi que caminar. El lenguaje no es una bombilla ni un coche, ambos sin duda productos de la técnica, sino una *capacidad* cerebral que ha sido seleccionada por la evolución, aunque no esté marcada por ella, y que, sin duda, el ser humano ha desarrollado de manera hiperbólica. No tengo espacio para desmontar un puñado de groserías intelectuales más de Wolfe, solo quisiera señalar

que hacemos solos muy pocas cosas, y que la resistencia al significado de lo genético forma parte de nuestra soberbia antropocéntrica y del narcisismo de nuestra singularidad. Muchos animales solucionan asuntos complejos mejor que nosotros, y los grandes pianistas y tenistas, por ejemplo, alcanzan sus logros apoyados en los logros cerebrales de millones de años, más allá de nuestra especie... Cuando al final de este libro, con el que cerró su vida, Tom Wolfe afirma que “El lenguaje no solo ha puesto fin a la evolución en el hombre, haciéndola ya innecesaria para la supervivencia, sino también a la evolución de los animales”, no sabía en absoluto lo que estaba diciendo, aunque nosotros sí sabemos algo de lo que le pasaba por la cabeza. —

JUAN MALPARTIDA es escritor y director de *Cuadernos Hispanoamericanos*. En 2018 publicó *Antonio Machado. Vida y pensamiento de un poeta* (Fórcola).

LETRAS LIBRES

La conversación
ahora continúa en
los móviles.

